



Gustavo Le Paige

JOSE VIAL, S.J.

La vida del padre Le Paige se apagó lentamente. Sin embargo, su figura notable, como sacerdote y arqueólogo, no desaparecerá fácilmente de nuestra memoria.

Bailar para siempre

En la tarde del sábado treinta de junio del año pasado, los "bailes" religiosos saludaban a San Pedro, Patrono del valle de Atacama. Acnaches y catimbanos, toritos y caballitos, sicus, "niños mayores", "dueños" y portaestandartes se suceden ordenadamente delante del anda del santo. Sin prisa entran bailando a la Iglesia, recitan sus saludos, vuelven a bailar al compás de sus instrumentos de viento, cuerda y percusión; después, cada grupo se detiene silencioso, y sus componentes, uno a uno, avanzan para abrazar y besar los pies del Patrono. Muchos lloran al hacerlo y prolongan largamente ese momento de profunda fe. San Pedro está sentado; su cabeza erguida ostenta la antigua corona pontificia de la triple tiara; en la mano sostiene la llave grandota del Cielo; viste ornamentos sacerdotales rojos con vivos de oro. Junto a esta imagen deslumbrante, destacada sobre el anda, casi desaparece la figura muy gastada del párroco. El Padre Le Paige está cerca, sentado en un tosco sillón de madera. Sus pies incansables ahora desaparecen bajo un chal. Sus ojos, siempre irritados por la luminosidad del desierto, tan distinta de la de su húmeda Bélgica, lagrimean con discreción, contemplando una vez más la suprema expresión de esperanza de sus feligreses. Cada uno de los "promesantes", después de presentar el saludo personal a San Pedro y hacer su oración, se dirige al sillón del párroco: unos le estrechan la mano, otros lo abrazan,

algunos lo besan. Todos cambian con él algunas palabras tenues, o alguna sonrisa. Hace veinticinco años que es su párroco: a la mayoría los bautizó, o casó, o les dio la primera Comunión. Todos han participado a menudo en sus Misas y lo escucharon predicar en su idioma tan personal, que ellos, los atacameños, entienden con notable facilidad. Incluso, varios de los pequeños catimbanos o gitanos son sus ahijados: él los besa.

Terminados los saludos y antes de que comenzara la Misa de vigilia, el Padre quiso hablar a sus hermanos de Atacama, tal vez por última vez. Lo hizo con voz muy débil, que sólo el silencio perfecto de la gran Iglesia hacía audible. Les encareció que siguieran bailando siempre, como habían aprendido de sus mayores, aunque él faltara y otros pudieran desprestigiar su devoción cristiana. Que no permitieran nunca que su Iglesia se cerrara, faltándole la Eucaristía, como sucedía cuando él había llegado a San Pedro. Al terminar la breve plática, tal vez el rostro hierático de San Pedro era el único que permanecía impasible.

Esa tarde en la Punta de Atacama sintetiza la vida de Gustavo Le Paige: párroco y pastor, protector y padre de los atacameños, admirador y estudioso de su cultura y el arqueólogo de San Pedro.

Gustavo nació cerca de Lieja, Bélgica, el 24 de noviembre de 1903. Sus dos abuelos, astrónomo y geólogo respectivamente, fueron rectores de la universidad de esa ciudad.

Después de estudiar humanidades en el colegio jesuita local, ingresó a la Orden teniendo diecinueve años. Transcurridos otros seis, inicia su trabajo en el entonces Congo Belga. Después de un paréntesis europeo para estu-

diar Teología y ser ordenado sacerdote, retorna al Congo como misionero itinerante. Simultáneamente, estudia Antropología congoleña, llegando a producir un trabajo de importancia, y recoge material arqueológico y artístico-artesanal para museos locales y de la metrópoli. Así trabaja casi veinte años en el Congo.

La formación del arqueólogo

El 5 de septiembre de 1953 llega a Chile, el nuevo campo de trabajo señalado por los superiores. En marzo del 55 se instala como párroco en San Pedro, donde permanecerá hasta la primavera del 79.

Fue después de recorrer el alto Loa y el valle de San Pedro que Gustavo pidió a la autoridad hacerse cargo de la parroquia vacante en esta última localidad, y una de las razones que tuvo en cuenta fue la serie de claros indicios que había podido observar del gran valor arqueológico de la zona. Los éxitos no se hicieron esperar: bastante pronto los lugareños colaboraron indicándole los lugares donde había "gentilares" (cementos pre-hispánicos) y las momias empezaron a acumularse en la casa parroquial. Con ellas venían los tejidos, la cerámica, las tabletas para rapé, etc. Así fue perfilándose la cronología local de los dos últimos milenios y estableciéndose la evolución de las gredas rojas.

El Padre trabajaba incansable y febril. Una verdadera pasión lo hacía recorrer decenas de kilómetros a pie, escalar, fotografiar, excavar, medir, dibujar croquis, barrer el horizonte en todas direcciones tras cualquier huella de vida humana. No tenía formación académica como arqueólogo ni tampoco había formado parte de los equipos de trabajo de ningún científico ilustre. Era un intuitivo y autodidacta tesonero. Pronto fueron llegando a su modesta casa los libros de los grandes arqueólogos del presente y del pasado, y Le Paige los estudiaba

AUTORÍA

Vial, José

FECHA DE PUBLICACIÓN

1980

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Gustavo Le Paige [artículo] José Vial. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile